



LA FÁBRICA DE GAS Y ELECTRICIDAD DE INCA

Simón Gual Truyol

Ser vecinos de la fábrica de Gas y Electricidad desde sus principios y personalmente durante más de treinta años, parece dar pie al conocimiento de muchas de muchas de sus actividades o vivencias. Me temo, no obstante, sean más bien pocas.

Esta fábrica se situó, al inicio del pasado siglo, en “los arrabales de la ciudad”, en la que años después sería la calle de Artá. Emparedada entre dos altos edificios: el Club Velocipedista y el de “l’amo Simó”. El primero, dejó sus menesteres ciclistas a los pocos años. Pero sigue en pie. El segundo, proyectado para gran café -que nunca llegó a ser-, también se mantienen incólume.¹ Entre ambos se acomodó la citada fábrica.

La inmediata vecindad, siempre percibida y patente, alguna secuela tenía que dejar. Y algo hubo, aunque en el aspecto más modesto, en el de andar por casa. Nada de turbinas, alternadores ni como se aderezaba el gas o la electricidad. Mejores plumas, más informadas, podrán adentrarnos en su complejidad.

Un breve repaso histórico

La luz de gas o electricidad fue, a principios del pasado siglo, el gran deseo de todos los pueblos de Mallorca. En él, apoyaban su futuro. El antiguo y anterior alumbrado público, como es sabido, era a base de petróleo: de un recipiente conteniéndolo, salía una mecha que una vez encendida daba luz a través de un tubo de cristal. Tenemos alguna noticia sobre esta iluminación en Inca en el último trimestre del siglo XIX. Noticia que nos daba M. Puigserver en el libro *Recors de nostre terre*. En él nos cuenta que: “A Inca, el vespre estava

1 - Actuales propietarios el matrimonio Miguel Benejam y Margarita Gual. Hija, ésta, de Arnaldo Gual y Maria Beltran, y nieta de “l’amo Simo Gual y Margarita Truyol”.

el poble fosc; sols a la Plaza hi havia un formal de petroli encens... (sic)."

Las viviendas, únicamente contaban con candelabros de este tipo, quinqués, más o menos ostentosos y con su siempre mortecina luz. Y con ella se despidió el siglo XIX.

Pero a finales del mismo, había iniciado su andadura en nuestra, aún villa, una sociedad llamada La Propagadora Balear de Gas; para la fabricación y venta de gas canalizado. Unos años tardaría en ponerse en la labor. Ya entrado el siglo XX, tímidamente, empezaría a canalizarse y producirse el gas, para, a continuación, iluminar las calles principales de la entonces ya ciudad. No muchas: Rectoría o Mayor, plaza Mayor, San Bartolomé, Estrella, Comerç... y pocas más.



Antigua fotografía del interior de Gas y Electricidad en la que en primer término y a la derecha, se aprecia parte del lateral de uno de los grandes estanques.

La Propagadora seguía en el empeño... pero se le acumulaban dificultades. La Sociedad Es Gorg-Blau, en la que tantas esperanzas se habían depositado, pronto tuvo serios quebrantos.

El fluido eléctrico avanzaba lentamente. Tampoco le faltaban problemas. Pero en Inca, como en el resto de la isla, se luchaba y ponía empeño para que tuviera continuidad este nuevo invento. En el puente entre ambos siglos, los periódicos provinciales La Almudaina y La Última Hora ya daban noticias sobre el establecimiento en Inca de la Fábrica de Gas... y de Electricidad.

En 1904, en un alarde propagandístico, se montó en lo alto de la Torre de la Iglesia "... un foco de 100 bujías", tratando de iluminar toda Inca. Sólo sería una prueba, un ensayo, o un gran "farol" que se echó La Propagadora queriendo demostrar sus grandes posibilidades. ¡Pero a qué inquense no le ilusionaría aquella bola de luz en lo alto de la torre-campanario iluminando su calle y su portal!

Y llegó nuestro día:

El 2 de enero de 1906, se constituyó en Inca la Sociedad A. Bibiloni y Cía., sociedad realmente la impulsora de la energía eléctrica en nuestra ciudad y comarca. Sus miembros fundadores fueron: D. Antonio Bibiloni Pericas, D. Miquel Beltran Prats, D. Rafael Coll y D. Bernardo Oliver Morro. Su objeto: explotar el salto de agua del Gorg-Blau para transformar su fuerza en eléctrica. Eran tiempos de avidez de luz nocturna y cualquier proyecto en este sentido era bien recibido. Proliferaron en Mallorca las Sociedades de alumbrado, llegaron a sumar unas ochenta. La mayoría de ellas con serios problemas en sus principios que se solventaban con fusiones de dos o más del mismo fin.

En marzo de este mismo año, se hizo una prueba de iluminación eléctrica en Inca "... 'sa blanca llum' iluminó nuestra calle Mayor (...) daba gozo pasear por ella a plenas luz siendo ya noche cerrada..."

A partir de entonces, los pasos pro-iluminación ya serían más firmes. Toda fiesta que se preciara, debía contar con acto y apoyo referenciado a evitar tinieblas nocturnas.

En mayo (1906), con motivo de la boda real en Madrid, de S. M. el Rey D. Alfonso XIII con la princesa inglesa D^a Victoria Eugenia de Battemberg, se celebraron en nuestra ciudad tres días de fiesta conmemorándolo. Las crónicas sobre Inca aparecidas en La Almudaina nos dan interesantes noticias. El primer día, el programa oficial rezaba así:

“A las 11 horas, momento de la Boda Real y una vez sellada la misma por los Augustos novios, primer repique de campanas, a partir del cual el Regimiento² se encargará de disparar 21 morteretes desde lo alto del campanario (...) Por la noche iluminación general y gran retreta militar floreada y una sección de soldados con hachas encendidas desfilarán con la Banda Municipal...”

La iluminación callejera seguía siendo, por si misma, un acto festivo por excelencia. Y no se olvidaba el toque romántico de las hachas encendidas en el desfile final con la música municipal al frente.

Aquellos festivos de alto nivel, estimulaban a las Sociedades de todo tipo, para un más esforzado y animoso servicio. Así, al siguiente año, nuevo y extraordinario festivo oficial: S. M. la Reina había dado luz a su hijo primogénito. Y La Almudaina nos contaba:

“... el Club Ciclista,³ iluminó con luces de Gas un gran letrero en el que podía leerse “Viva SS.MM.” adornado todo con Banderas de España e Inglaterra. La Droguería de Don Gabriel Guasp también a Gas. La casa-cuartel de Carabineros⁴ y la de “El Centro”⁵ con bombillas eléctricas que daban luz vivísima...”

Según estos datos, en aquel 1907 teníamos iluminación a gas y también eléctrica. También se echaba mano en casos de excepción a las hachas encendidas tan elogiadas y de tanta prestancia.

Durante varios años -hasta 1918 según mis datos-, La Propagadora Balear de Gas siguió proporcionando aquel fluido. Con él aparecieron los aparatos domésticos, de mucho auge en poco tiempo. El negocio de mi padre, no podía soslayar la adquisición de éstos si quería seguir en auge. Pero un buen día... La Propagadora dejó de “propagar”. A mi padre, como a otros vecinos, le quedaron colgados un montón de aparatos a gas. Los recuerdo perfectamente en un estante de las habitaciones trasteros del segundo piso: una cocina de dos fuegos, una estufa, una tostadora de café, una hermosa lámpara de techo... posiblemente alguno más. Allí, se quedaron recogiendo polvo y olvido. Y, quién sabe, si, dada la proximidad con la fenecida fábrica, esperarían algún resquicio de gas aprovechable.

Ya en la década de los veinte y tras una serie de altibajos, se afianzó la luz eléctrica. En principio cubría su servicio las horas nocturnas o consideradas de más necesidad. Paulatinamente se irían ampliando hasta prestarlo durante las 24 horas.

2 - El Regimiento de Inf. “Inca 62”, solo llevaba año y pico guarneciendo nuestra ciudad.

3 - En la calle Mayor, antes fue Ca s’Hereu. Dos casas más en la misma calle, la Droguería Guasp.

4 - Primeros números de la calle Gloria (Paraires).

5 - En la plaza Mayor, hoy Café Mercantil.

La Compañía de Inca, entre 1926-27, integró en su seno las similares de Alcudia, Sineu y Selva, así como las redes de ambas, dando origen su fusión a Gas y Electricidad S.A.

Ya en 1929-30 se formalizó la unión con el nombre de GESA, a partir de la cual ya son más conocidas sus andaduras y positiva evolución.

Nuestra vecindad... y una singular “conexión”

Pasaron algunos años. A finales de la década de los veinte empecé a tener contactos con la fábrica. Escasos, sólo pasar una y otra vez por delante de la “amurallada” puerta. Alguna vez, mirada hacia su interior a través de la barrera, intentando descubrir algo de su maquinaria que imaginaba extraordinaria.

Recuerdo muy bien aquella fábrica vecina nuestra mientras duró. Entonces, mal llamada “de Gas” cuando ya sólo era eléctrica.

Su entrada me parecía de grandioso porte. Unas altas columnas con historiados remates, dan soporte a unas grandes barreras de hierro, entonces siempre cerradas. Todo esto, a pesar de los 100 años transcurridos, sigue tal cual. Imponía aquel acceso. Era un atrevimiento sobrepasar el límite, en especial si se trataba de un chaval de nueve a diez años.

Mi hermano Arnaldo, sí podría contarnos largamente sobre aquella compleja fábrica. Durante unos años estuvo integrado en sus oficinas principales.

En aquellas fechas, creo recordar que era el Sr. Bosch, como director y encargado del recinto, con su familia los que habitan el piso integrado en la fábrica -entrando a la derecha-. Recuerdo haber subido varias veces a este piso con mi hermana Magdalena. Desde él, por una escalerilla hacia un trastero, se veía -justo al lado- nuestro jardín.

Con mis padres y hermanos, pasamos a ocupar esta casa de la calle Artà, en el año 1931, cuando se instauró la II República Española. Con sentimiento dejamos la calle Mayor. Mis amiguetes -los agoreros, que siempre los hay- me aseguraban que no podríamos dormir dado el ruido de las máquinas. Yo no me enteré de ellas. Otros, los mal pensantes, que dada la vecindad tendríamos gratis el consumo de energía eléctrica. Tampoco acertaban, cada mes siguieron llegando los recibos y sin rebaja por vecindad.

Tendría yo 12 años, cuando cierto día, impelido de curiosidad y arropado de cierto valor, traspasé aquella vecina barrera. Me adentré en el espacio abierto intentando ver aquellas enormes máquinas que yo imaginaba. Tras el especio inicial y a la derecha, me encontré con dos grandes e impresionantes depósitos circulares para agua. De 8 a 10 metros de diámetro tendrían, descubiertas y con una valla metálica que rodeaba cada uno. Me acerqué al primero, el más grande, y en sus tranquilas y transparentes aguas vi multitud peces de colores. Jugueteaban, se deslizaban, iban y venían con asombrosa rapidez. Los había rojos, pardos. Blancos, rojiblancos... un festival multicolor en movimiento. Absorto estaba observándolos, cuando, de repente una voz poco amable a mis espaldas vociferó: “Al·lot, què fas per aquí...” Claro que me asustó y sobresaltó... No sabía qué decir, me excusé diciendo que buscaba a mi hermano... que era de la casa contigua... Me disuadió diciendo que entre los peces no encontraría a mi hermano... que lo buscara en las oficinas, a mano derecha, junto a la salida.

Me escabullí rápido, pero hacia casa. Aquel personaje me hizo pasar un mal rato. No deseaba encontrarlo de nuevo.

Algún tiempo después, más de un año, otras familias sustituyeron a los Bosch, una de ellas la familia de los Aebi (y posiblemente otra intermedia) como directores de la empresa. Al tiempo, yo iba perdiendo mis quimeras exploratorias en la vecina fábrica.

Pero los grandes estanques con sus pececillos de colores seguían vivos en el pensamiento, como si coletearan avivando el recuerdo. Desde nuestro jardín, subido a una escalera “de figueral” arrimada a la pared medianera, podía verlos perfectamente y a la par, estimulando mis deseos de poseer algunos. En mi cavilar, consideraba una sin razón, el que en aquellos estanques hubiera tantos y en el nuestro -aunque más chiquito- no hubiera ninguno.

Permitidme os cuente una vivencia muy particular, sólo mía, pero también ligada, muy ligada con la fábrica:

Mis indagaciones sobre cómo hacernos con algunos peces de colores, no prosperaron. Nadie me brindaba solución ni me hacían excesivo caso. Un buen día, se me hizo la luz: ¿Por qué no pescarlo?... Y en marcha: me armé de caña -una vulgar caña-, una cuerda delgadita a modo de sedal y demás complementos al caso. Un pequeño anzuelo lo compré en la nueva droguería. El cebo, a base de bolitas de harina mojada, me lo sugirió mi amigo Ramón de Cas Beato.

Con aquella insegura escalera, con la emoción propia ante suceso que consideraba trascendental, inicié aquella aventura piscatoria. Caña en ristre subí los peldaños y ya en lo alto, tras asegurar todos los detalles, lancé el aparejo... Pronto, multitud de pececillos se agolparon junto al anzuelo... y de repente... el sedal se puso tenso, casi inconscientemente levanté la caña y... ¡¡milagro!! En el anzuelo aparecía colgado un pececillo rojo, rojo total. Se debatía con insistencia, estaría tan sorprendido como yo. Caña en alto, bajé como pude y hacia nuestro estanque. Lo más engorroso fue desenganchar el anzuelo, temía hacerle daño. Pero ya en su nueva agua le vi deslizarse con vivacidad... yo no cabía de gozo. ¡Y a pescar! El camino estaba abierto y había que buscarle compañía.

Pesqué varios, hasta uno blanco que parecía resistirse. Recuerdo que en ocasiones, durante mi febril pesca, pasaba junto a los estanques alguien de la fábrica. Nunca pensé si no me veían o hacían de no verme. Posiblemente, con anterioridad, hubo entre mi hermano Arnaldo y alguien de la fábrica intercambio de pareceres permisivos hacia mi inocente pesca.

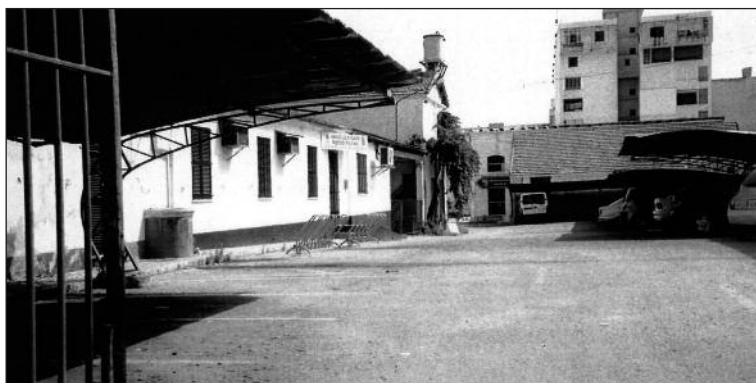
El pequeño estanque del jardín de casa, de tantas vivencias y gratos recuerdos, sigue en pie. Tal cual. Con su decorativo pilar central, rematado con airosa copa provista de surtidores recambiables que supo hacernos “es llauner l’amo en Toni” al otro lado de la plaza Libertad, como entonces se le llamaba. Tengo en alta estima un cuadro al óleo que supo captar Miguel Benejam del jardín y circular estanque en su centro.

Hubo por tanto, entre fábrica y vecino a su derecha, más de una conexión: la eléctrica, propia entre fabricante y abonado. Y otra, muy singular y original: la que se estableció con: caña, sedal y puente aéreo entre estanques. No duradero, ciertamente, pero sí que este sencillo y juvenil episodio consiguiera dejar huella, huella que aún perdura. Los

descendientes o continuadores de aquellos pioneros peces perviven en el pequeño estanque. Una herencia, y herencia viva de la entrañable fábrica, una viva continuidad y un grato recuerdo de lo ya desaparecido.



Actual entrada al recinto de la antigua fábrica de Gas y Electricidad. Fachada blanca comprendida entre los dos altos edificios que la limitaban. Altos pilares y barreras, lo mismo de cuando su inauguración.



Patio inicial de la fábrica. Al fondo y a la derecha, aparcamientos cubiertos donde antes estaban los grandes estanques circulares.